

Qué humano

"Cadáver exquisito de lo que nos hace ser humanos"

Por Ligia Sofia Manzano Rodriguez & Diego Antonio Escobedo Reyna

Muerte con fin *Por Diego*

Pensar en la muerte es pensar en el fin inevitable de un ciclo. Vivimos persiguiendo fines sin querer mirar el fin.

Desde pequeños nos enseñan a movernos hacia algo. El fin, en ese sentido, es motor, es aquello que justifica y suplica cada sentimiento; se vuelve soporte y aporte. Vivimos orientados hacia fines.

Pero hay otro fin que no elegimos, un fin que no se alcanza: simplemente llega. Resulta incómodo aceptar —o incluso ser plenamente conscientes— que, en algún momento, ya sea en años o incluso mañana, llegaremos a una conclusión inevitable. Es desconcertante advertir cómo el corazón parece detenerse cuando recordamos que ese momento existe, que el fin ocupa un lugar de deducción en nuestro futuro, aun cuando seguimos construyendo en el presente.

La muerte, entonces, no es solo el fin como cierre, sino la condición que hace posibles nuestros fines.



Es lo que convierte cada instante en algo que puede perderse y, por eso mismo, en algo valioso.

Y, aun así, la normalidad nos envuelve. Nos sentamos junto a alguien sin pensar que algún día uno asistirá al funeral del otro. Hacemos planes para el próximo mes como si el tiempo estuviera garantizado. Funcionamos como si el fin fuera una idea abstracta, lejana, casi teórica.

Quizá necesitamos vivir así porque, si cada página que pasáramos del libro viniera acompañada del pensamiento de que quedan menos páginas, el peso sería insoportable. La mente protege la continuidad olvidando la conclusión.

Tal vez la finitud no es una condena, sino un mecanismo. La vida tiene un fin: un fin que nos impide vivir obsesionados con el fin y que, al mismo tiempo, nos salva de vivir sin sentido.

Lo que llamamos rutina

Por Ligia

Nos enseñan a esperar lo emocionante: el futuro, lo que pasará. Vemos una película para conocer el final y hacemos viajes para llegar a un destino. Muchas veces esto se convierte en darle significado a lo "emocionante", a las "metas cumplidas", mientras todo lo demás se vuelve el relleno de una vida que no sabemos cómo apreciar.

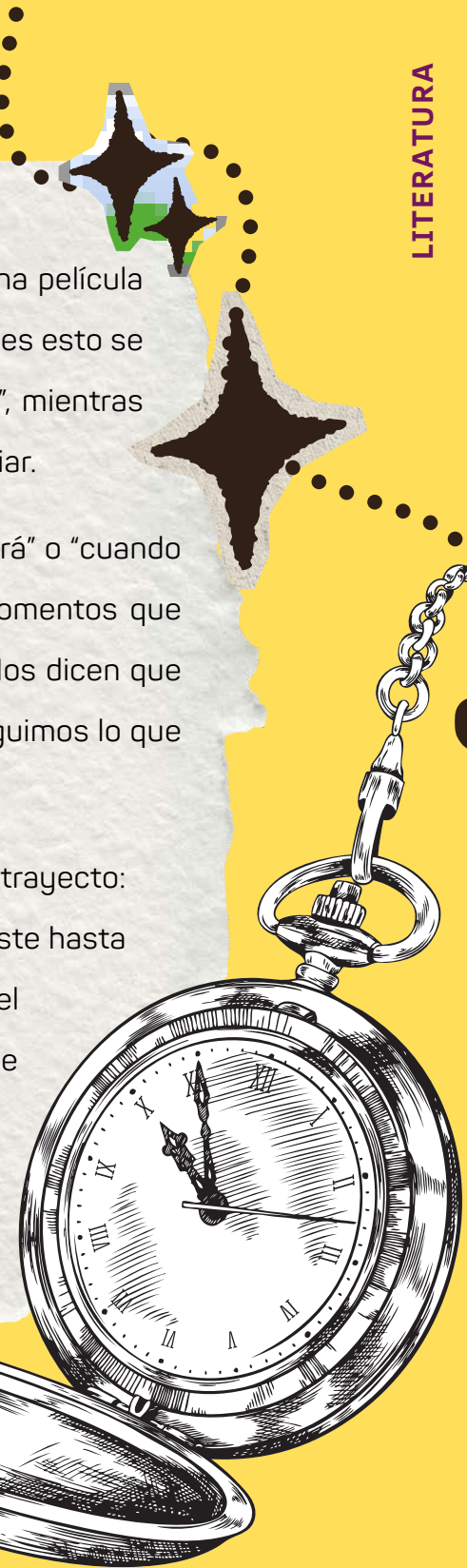
Nos repiten frases como "cuando salgas de la preparatoria, tu vida empezará" o "cuando te cases, ahí empezará lo serio", pero, al final, la vida son todos esos momentos que suceden mientras estás distraído buscando y persiguiendo lo siguiente. Nos dicen que disfrutemos la vida al máximo, pero sugieren que solo será "vida" si conseguimos lo que buscamos, si nos superamos, si somos mejores que los demás.

Con el tiempo, todo lo que no es extraordinario lo vemos como un simple trayecto: esos desayunos a solas un sábado por la mañana; ese día en que te quedaste hasta tarde terminando pendientes y, aun cansado, te metiste a bañar buscando el alivio del agua caliente en la piel; ese viernes sin planes, o aquel día en el que hiciste exactamente lo mismo que el anterior. **Quizá lo interesante es que tratamos esos días como un borrador, como si lo verdaderamente importante estuviera por suceder.**

La vida no empieza cuando obtienes un título, cuando te casas o cuando consigues el trabajo que tanto anhelabas. La

vida se vive en los desvelos, en las noches en las que silenciosamente paseas a tu perro o en esos días en los que pasas más tiempo escogiendo una película que viéndola.

Sin embargo, lo que llamamos emocionante no existiría sin eso que llamamos rutina: los viajes necesitan días normales, las fiestas necesitan días comunes. Y quizás esta división ni siquiera exista; tal vez la vida siempre es la misma, solo cambia la forma en que decidimos mirarla.

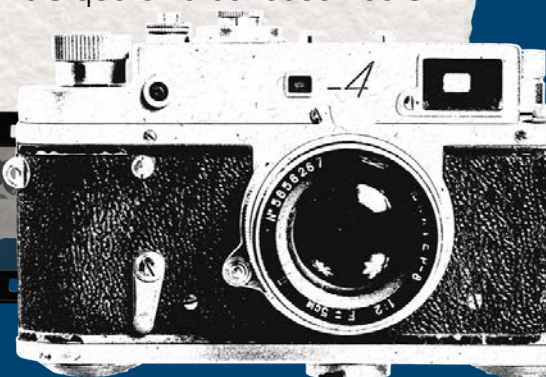


Nunca se extraña el presente

Por Diego

Resulta triste cómo hoy en día alabamos y recordamos con tanto amor y nostalgia años que no disfrutamos lo suficiente, o al menos eso creemos.

Extrañamos días que, cuando eran presente, vivimos anclados en el pasado y que ahora, convertidos en recuerdo, nos hacen descuidar el presente. Qué contradictorio resulta extrañar los buenos momentos mientras los perfeccionamos con el paso del tiempo. Logramos mirar lo negativo desde lo positivo, sin embargo, ignoramos los buenos momentos que hoy tenemos la oportunidad de vivir, minimizándolos porque "ya nada es como antes", mientras lo negativo permanece en lo negativo, sin la indulgencia que sí le concedemos al ayer.



Los años transcurren como deberían, pero el tiempo se vuelve testigo del aumento paulatino del peso de las vivencias del presente, arrastradas por las del pasado. La nostalgia se ha transformado en un sentimiento que, por sí mismo, explica la necesidad de regresar: una necesidad que difícilmente recordamos con cariño y satisfacción, pues, por más alegre que haya sido un momento, no puede repetirse.

Nuestra memoria engaña al corazón: filtra, suaviza, selecciona. Nos permite rescatar lo bueno de lo malo y olvidar lo incómodo, construyendo versiones idealizadas de lo vivido. Mientras tanto, cada día nuevo lo atravesamos con cierta resistencia: resistencia a dignificar lo difícil y a atrevernos a imaginar lo valioso desde una perspectiva futura.

Son pocas las veces en las que, en pleno instante, podemos extrañar el presente cuando todavía lo habitamos y que algún día será un recuerdo más al que quizá intentaremos regresar. Es sencillo reconocer lo bien vivido mirando desde el ahora; retémonos

Todo lo que se puede ser

Por Ligia

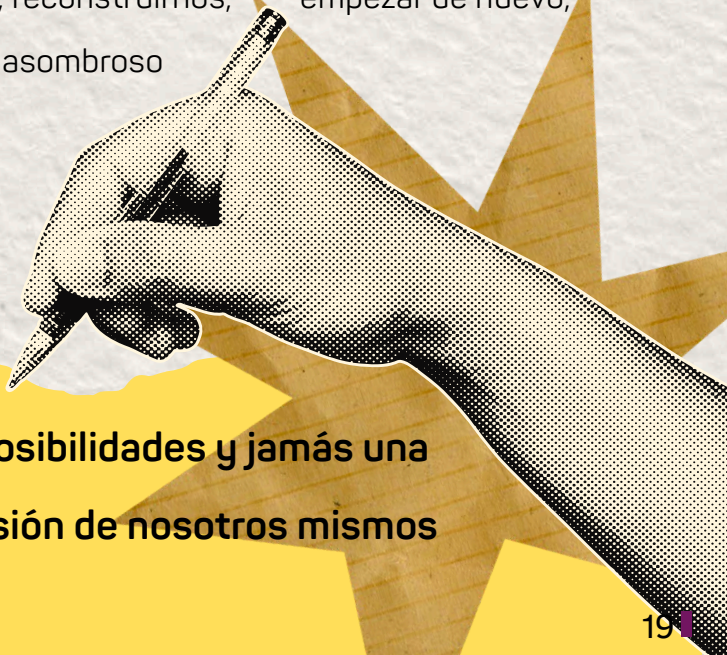
Todo empieza con la pregunta que se les hace a los niños de ocho años en el “Día de las profesiones”, cuando los padres asisten a la escuela a hablar de sus trabajos. Entonces llega la gran pregunta: “¿Y tú qué quieres ser de grande?”. La angustia de elegir algo entre tantas opciones —que, siendo sinceros, no es para tanto: ¿quién decide su futuro a los ocho años?— se instala en nuestras mentes desde que somos muy jóvenes.



Pero, a fin de cuentas, a pesar de esa angustia y de la duda constante, es maravilloso —y también un poco aterrador— pensar en un universo de posibilidades que existen. De niños dábamos respuestas aparentemente alocadas, no por incoherentes, sino por la percepción de lo inmenso que es el mundo y de lo que en él es posible. Los humanos somos cambiantes; esa es una de nuestras grandes virtudes. Nos arrojan a un mundo que tiene una infinidad de futuros posibles.

La respuesta a la pregunta de qué queremos ser cambia tantas veces en el transcurso de la vida como pensamientos nuevos llegan a nuestra mente: doctor, astronauta, policía, maestro, científica, veterinaria, ingeniera, bombero, madre, jugadora de basquetbol... incluso “feliz”. Todas son respuestas válidas, y lo fascinante es que ninguna está equivocada.

Como humanos, podemos cambiar, mutar, rompernos, reconstruirnos, empezar de nuevo, intentarlo todo y seguir adelante. Lo verdaderamente asombroso no es solo lo que se logra en la vida, sino todo lo que podemos llegar a ser porque hay algo profundamente humano en nunca estar terminados:



somos un mundo de posibilidades y jamás una sola versión de nosotros mismos

